

perdida, por complicaciones extraordinarias de que la historia presenta raros ejemplos, y que, aun habiéndolas tenido, probablemente no habría encontrado entusiasmos y brazos fuertes para ejecutarlas, tuvo la fortaleza de la tremenda misión que había aceptado. Fácil le fué al dictador dominar esta agitación facticia de última hora, imponiendo á todos la paz, que era lo que todos querían. Hay días nefastos en la vida de los pueblos, en que, ni aun fuerzas tienen para el sacrificio, cuando el sacrificio es preferible á la sumisión. Entonces eligen una víctima expiatoria á quien atribuir la cobardía de la colectividad impotente para pelear ó para morir. Venezuela pasaba por esos días, y necesitaba pasar por la dolorosa prueba de soportar el duro yugo de la reacción triunfante, para formar su conciencia, rehacer sus fuerzas y triunfar en la batalla por su independencia. La capitulación, con ser una triste derrota, haría más por ella que una victoria pasajera, que nada habría consolidado en la situación por que pasaba Venezuela en aquellos días.

Los comisionados del dictador, ajustaron con Monteverde una capitulación, sobre la base de la entrega del territorio independiente y de todo el material de guerra de la república; la seguridad para las personas y los bienes de los habitantes en el territorio no reconquistado; la concesión de pasaportes á los que quisiesen abandonar el país, y una amnistía general por opiniones políticas, poniéndose en libertad á todos los prisioneros de guerra de una y otra parte. Monteverde concedió cuarenta y ocho horas para aceptar ó denegar estas capitulaciones. Miranda no se atrevió á ratificarlas, y procuró modificarlas, pero al fin, tuvo que autorizar á sus comisionados á pasar por todo. El hecho quedó consumado, con la denominación de capitulaciones de San Mateo con que han pasado á la historia. Desde este momento, el dictador sólo se ocupó en proveer á la seguridad de la emigración de los patriotas, que era la consecuencia de un arreglo que no tenía

más garantía que el beneplácito del vencedor reconocido. Al efecto, mandó cerrar el puerto de la Guayra, para impedir la salida de los buques neutrales, que era el último refugio, y se trasladó á Caracas, para cumplir de buena fe el compromiso de la entrega pacífica de la ciudad, dejando órdenes para la evacuación de Victoria. El ejército que la ocupaba, una parte se pasó en masa al enemigo, y el resto se dispersó en la marcha hacia Caracas.

IX

El 30 de julio entraba Monteverde triunfante á Caracas, y rompía de hecho la capitulación, imponiendo la dura ley del vencedor, sin condiciones y sin misericordia. En el mismo día, era entregado á sus verdugos y consagrado al martirio por la mano de sus adeptos, el precursor de la emancipación del nuevo mundo meridional, y entre ellos, por el que debía coronar su obra, libertando toda la región equinoccial de la América del Sud.

Era comandante militar de la Guayra el coronel Manuel María Casas, y jefe político el doctor Miguel Peña, elegidos ambos por Miranda como patriotas probados, para asegurar la salvación de los comprometidos en la revolución. Abruñado de penas y fatigas, llegó Miranda á la Guayra, el 30 de julio á las 7 de la noche, y se hospedó en la casa del comandante. El capitán Haynes del buque inglés *Záfiro*, que había ofrecido á Miranda recibirlo á su bordo, donde tenía ya su equipaje, invitóle para que se embarcase esa misma noche, porque deseaba dar la vela antes que se levantara la brisa de tierra en la madrugada. Casas, Peña y Bolívar, que tenían su plan, dijeron que el general estaba muy fatigado para embarcarse, que la brisa no se levantaría antes de las 10 de la ma-

ñana, y lo persuadieron á que se quedase á dormir en tierra. El capitán inglés se retiró con un triste presentimiento, según lo manifestó después. Los cuatro camaradas sentáronse en seguida á la mesa, y juntos rompieron el pan de la hospitalidad. Después de la cena, que fué triste, y en que sólo Bolívar habló provocando explicaciones sobre la capitulación, que Miranda esquivó, retiróse éste á dormir en una cama preparada por su huésped, quien había tenido la precaución de elegir un aposento cuya puerta no podía cerrarse por dentro.

Mientras Miranda descansaba en el lecho preparado por la traición de sus amigos, reuniéronse Casas, Peña y Bolívar con los coroneles José Mires, Manuel Cortés y Juan Paz del Castillo, — el mismo que sirviera después en el ejército de los Andes, — y los comandantes Tomás Montilla, Rafael Chatillón (francés), Miguel Carabaño, Rafael Castillo, José Londaeta y Juan José Valdés. Constituidos por sí y ante sí en una especie de tribunal secreto, tomaron en consideración la conducta política y militar del desgraciado ex-dictador. Fué unánimemente condenado como autor de las desgracias sucedidas. Haciéndose eco de los calumniosos rumores que corrían, propalados tal vez por ellos mismos, que le atribuían haber recibido dinero de los españoles como precio de la capitulación, y hecho embarcar con anticipación tesoros usurpados, acordaron que debía detenerse para dar cuenta de su conducta á sus compañeros y sincerarse ante ellos. Dijeron: que si pensaba que la capitulación había de ser cumplida, no debía anticipar su salida, y si no creía en ella, debía correr la suerte de todos, y que en ambos casos, su persona era una garantía del cumplimiento de lo capitulado. Bolívar, votó por la muerte de Miranda como traidor á la independencia, por haber tratado con los españoles. Quedó resuelto en definitiva, reducir á prisión á Miranda. Peña y Casas firmaron la orden como autoridades del punto. Bolívar en compañía de Mon-

tilla y Chatillón, encargóse de ejecutarla personalmente. No se atrevían á prenderlo á la luz del día, porque el ex-dictador aun contaba con amigos fieles, y sus antecedentes históricos y su desgracia, escudaban su persona, sagrada para todo americano. Por eso lo hacían cubiertos por las sombras de la noche. Á las 4 de la mañana Bolívar empujó la puerta del aposento en que dormía profundamente el anciano general, bajo la fe de la amistad. Apoderóse de su espada y sus pistolas, y lo despertó bruscamente. « No es muy temprano? » preguntó la víctima. Pero al recibir la orden de levantarse y seguirlos, comprendió que había sido traicionado por los suyos. No dijo una palabra y siguió resignado á sus carceleros, quienes lo condujeron al castillo de San Carlos. Mires se encargó de su custodia. Peña fué á dar cuenta del hecho á Monteverde, portador de comunicaciones de Casas, para congratarse con el vencedor.

Al día siguiente, el puerto de la Guayra estaba cerrado por orden de Monteverde, y Casas cañoneaba desde sus fuertes á las embarcaciones cargadas de emigrados que intentaron hacerse á la vela á favor de la brisa matinal, echando á pique una goleta, en que se dice perecieron algunos. Tres días después (2 de agosto), el jefe español, dueño de Caracas, expedía una proclama en que ratificaba la amnistía, al mismo tiempo que encerraba en un calabozo á los mismos que habían preudido á Miranda, menos á Casas y Peñas, y á Bolívar que se ocultó. Sucesivamente, todos los comprometidos en la revolución que habían confiado en las falaces promesas de Monteverde corrían la misma suerte. La capitulación fué rota, imponiéndose la dura ley del vencedor, brutalmente y sin atenuaciones. Formáronse arbitrariamente listas de sospechosos; los bienes de los proscriptos fueron embargados; los domicilios violentamente violados; las cárceles se llenaron de presos, hasta el número de mil y quinientos ciudadanos, muriendo algunos de ellos, hacinados y atormenta-

dos en los calabozos. La persecución iba acompañada por el escarnio y la rapiña. Los presos eran despojados de su dinero y alhajas, que se repartían los captores, y conducidos por las calles en bestias de albarda atados de pies y manos. Los Canarios, que tenían sangre que vengar, eran los agentes de estas persecuciones, constituidos en asociación espontánea con el título de « fieles servidores de Fernando VII ».

Miranda, trasladado á los calabozos de Puerto-Cabello, fué sometido á los más duros tratamientos, cargado de cadenas, insultado y atormentado por sus carceleros. Desde el fondo de su prisión, oyó por la última vez la América la voz del precursor de su redención. Con motivo de la reinstalación de la real Audiencia de Caracas, el pueblo concibió alguna esperanza de caridad, ya que no de justicia. El desgraciado cautivo, se hizo el eco de estas esperanzas, en un memorial que dirigió al supremo tribunal, abogando valientemente á costa de su propia seguridad, por la suerte de sus compatriotas perseguidos. Nada pidió para sí, de nadie se quejó, ni siquiera hizo la más remota alusión á su prisión ejecutada por sus mismos amigos. « He guardado el silencio más profundo, » decía, sepultado en estrecha y oscura prisión y oprimido » con grillos: he visto correr la propia suerte á un número » considerable de personas de todas clases y condiciones, y » ante mis propios ojos se han representado las escenas más » trágicas y funestas. Con inalterable sufrimiento he sofocado los sentimientos de mi espíritu. Estoy ya convencido » de que por un efecto lamentable de la más notoria infracción, los pueblos de Venezuela gimen bajo el yugo de » las más pesadas cadenas. Parece es tiempo ya de que por » el honor de la nación española, por la salud de estas provincias y por el crédito y responsabilidad que en ellas » tengo empeñados, tome la pluma en el único momento » que se me ha permitido para reclamar ante la supe-

» rior judicatura del país estos sagrados incontestables derechos ».

Después de hacer Miranda una exposición de su conducta como generalísimo y dictador y de los móviles que le impulsaron á ajustar la paz, bosqueja con colores sombríos el cuadro del terrorismo implantado por Monteverde, que acentúa con estas palabras: « Yo vi entonces repetirse con espanto en Venezuela las mismas escenas de que mis ojos » fueron testigos en la Francia ». Y recordando que estos escándalos se perpetraban al mismo tiempo que se promulgaba la constitución española, sancionada por las Cortes de Cádiz, que debía ser « iris de paz, áncora de libertad y escudo para todos », preguntaba con reconcentrada pasión y dolor al supremo tribunal á quien se dirigía: « ¿El interés de la » península es por ventura sembrar en la América y la » trópoli las ruinas de un odio eterno y de una perpetua irreconciliación? ¿Es acaso la destrucción de los naturales del » país, de sus hogares, familias y propiedades? ¿Es á lo » menos obligarlos á vivir encorvados bajo de un yugo mucho más pesado que el que arrastraban en tiempo del favorito Godoy? ¿Es por último, que esta augusta, esta » santa constitución sea un lazo tendido para encerrar á la » buena fe y á la lealtad? » — Él mismo se contestaba: « La » representación nacional de España ha invitado con la paz » á la América. Caracas, después de haberla estipulado, es » tratada como una plaza tomada por asalto en aquellos tiempos bárbaros en que no se respetaba el derecho de gentes. » Venezuela es declarada de hecho proscripta de las leyes » constitutivas y condenada á una degradación civil y absoluta, y lejos de disfrutar la igualdad que se le ofrece, es » casi tenido por delito el haber nacido en este continente ». — Y terminaba: « La capitulación ha sido pública y evidentemente violada. La constitución ha sido infringida en uno » de sus principales fundamentos: la suerte de los ciudada-

» nos no está asegurada, y expuesta á todos los desastres
 » que dictan las pasiones tumultuarias, el estado actual de
 » estas provincias es la consecuencia de unos principios tan
 » viciosos y opresores. — Yo reclamo el imperio de la ley;
 » invoco el juicio imparcial del mundo entero; dirijo por la
 » primera vez mis clamores en defensa de los habitantes de
 » Venezuela para que no se les trate como criminales. —
 » Así lo exige de seguro mi propio honor, lo enseña la
 » sabia política, lo prescribe la moral y lo dicta la ra-
 » zón » (18).

Este precursor de la emancipación de la América del Sud que así hablaba por la última vez, que tuvo la primitiva visión de los destinos del nuevo mundo republicano, y había sido entregado á sus verdugos por el adepto que debía realizar el pensamiento del Maestro, fué trasportado á Cádiz, donde pasó tres años de doloroso cautiverio, y murió, solo y desnudo en la más triste miseria en las mazmorras de las Cuatro-Torres, el 14 de julio de 1816, á la una y cinco minutos de la mañana, en vísperas del triunfo de la independencia americana, que soñó en vida. Su cadáver, envuelto por la inmunda ropa de cama en que expiró, fué sepultado en el fango de uno de los islotes de la Carraca de la playa gaditana, que la marea cubre ó abandona todos los días. *Gloria victus victor!*

Mientras las persecuciones contra las que reclamaba Miranda affligían á Venezuela, Bolívar permanecía oculto en Caracas, según antes se apuntó. En tal situación, solicitó por intermedio de un español amigo suyo y de Monteverde (19),

(18) Memorial dirigido por el general Francisco Miranda á la Audiencia de Caracas, de 8 de marzo de 1813, pub. en «El Repertorio Americano» de Londres en 1827, t. IV, pág. 264 y sig.

(19) Llamábase Francisco Iturbe. Parece también que debido á él sus propiedades no fueron secuestradas por entonces, aunque lo fueran poco

un salvo conducto para ausentarse del país, acogiéndose así á la capitulación violada, que había calificado de traición. Su protector, lo presentó á Monteverde: — « Aquí está don Simón Bolívar por quien he ofrecido mi garantía. Si á él le toca alguna pena, yo la sufro ». — Monteverde contestó: « Está bien ». Y volviéndose á su secretario: — « Se concede pasaporte al señor (mirando á Bolívar), en recompensa del servicio que ha prestado al rey con la prisión de Miranda » (26 de agosto). Era la marca de fuego puesta por la mano brutal del vencedor. — Según uno de sus biógrafos, Bolívar repuso que « había preso á Miranda para castigar á un traidor y no por servir al rey », palabras que no tienen sentido, pues si Miranda hubiese sido traidor, habría merecido favores y no martirios de parte de los verdugos á quien él contribuyó á entregarlo. Sea que las pronunciase ó no en aquella ocasión, la única interpretación que pueden dársele, es la que el mismo Bolívar ha dado, al sostener hasta el fin de sus días, — confidencialmente, — que su ánimo había sido fusilar á Miranda en la mañana siguiente, y no el

después. En una carta que le escribió Bolívar desde Curaçao con fecha 10 de setiembre de 1812, le pide le envíe fondos por cuenta de sus bienes en Venezuela, y declinando toda solidaridad con el gobierno republicano caído, protesta que no toma ninguna parte en la política. « Amigos como V. no los hay en el mundo. Si mi amigo Ascanio no tiene el manejo de mis bienes, ruego á V. se sirva obtener por cualquier medio algún dinero, y se sirva mandármelo con la precaución posible. — Sin tener nada que hacer con Miranda ni con el antiguo gobierno, yo pago sus deudas. Paciencia! — Si por allá llegaran algunos chismes contra mi conducta política ó contras mis procedimientos, puede combatirlos con la seguridad de que son falsos. Esta advertencia la hago, porque aquí hay muchos malquerientes de los hijos de Caracas que desean obtener favor del gobierno con delaciones ». (Cartas del Libertador, t. XXIX de las «Memorias de O'Leary», pág. 14). Posteriormente Bolívar, en agradecimiento á los servicios de Iturbe, interpuso su valimiento ante el congreso de Colombia, á fin de que fuese exceptuado en su persona y bienes, de las penas decretadas contra los españoles.

entregarlo á sus enemigos, y que sin la oposición de Casas, lo habria ejecutado (20). La defensa es tan siniestra como tremenda la acusación. Los más grandes admiradores de Bolívar, — incluso sus panegiristas, — jamás han pretendido excusar el hecho, que ha quedado como una sombra sobre la frente del libertador, que todas las luces de gloria no han podido disipar (21).

(20) Nos fundamos para poner en duda estas palabras, que le atribuye su panegirista Larrazábal, en un oficio que el mismo Bolívar dirigió al gobernador de Venezuela, que los bienes de D. Francisco Iturbe, pasasen exceptuados de la confiscación, en mérito del servicio que le prestara, obteniendo un salvo conducto. En él, al referirse á la entrevista con Monteverde, pone únicamente las palabras que damos como ciertas en el texto, y dice : « No pude evitar la infausta suerte de ser presentado á un tirano ». Nada dice de la réplica, que le haría honor, y que no habria omitido, á ser cierta, quien no pecaba de modesto.

(21) Para la crónica de este capítulo nos hemos guiado por los tres historiadores fundamentales de la revolución de Venezuela : Montenegro, Baralt y Díaz, y Restrepo, comparándolos entre sí, y con otros autores, pero consultando el texto de los documentos originales, que en su lugar se citan. Respecto al episodio de la prisión de Miranda, todos están contestes en cuanto á sus detalles y consecuencias, así como á la actitud de Bolívar antes y después de esta emergencia, sin excluir á sus panegiristas, y entre ellos, el más ciego de todos, Larrazábal, en su « Correspondencia general de Bolívar », t. I, pág. 120 y sig. que confirma las versiones de Montenegro, « Geografía » etc., t. IV, pág. 123 y sig., escritor imparcial, que como miembro de la Audiencia en esa época, merece entera fe; de Baralt y Díaz, admirador de Bolívar, en su « Resumen de la historia de Venezuela », t. I, pág. 402 y sig.; y por último, del amigo entusiasta y ministro de Bolívar, Restrepo en su « Hist. de la Revol. de Colombia », t. II pág. 87 y sig., que procurando atenuar el hecho, es el que más lo condena. Restrepo es quien dice : « Rechacemos la idea de que pudieran » meditar (Bolívar y los que prendieron á Miranda) entregarlo á los españoles, dejándole encerrado en el castillo (de la Guayra) ó que pensarían seriamente en castigarlo de muerte. Sin embargo, Bolívar, uno de los más empeñados en esta prisión, decía hasta la última época de su vida, que el proyecto había sido imponer á Miranda al siguiente día la pena capital, como traidor á la independencia, ejecución que impidiera el coronel Casas ». En cuanto á la entrevista de Bolívar con Monteverde, es tomada literalmente de su mismo panegirista Larrazábal, doc. cit. Hemos citado á Ducoudray-Holstein, cuyas « Memoirs », etc., están escritas en un sentido desfavorable á Bolívar, y deben por lo tanto tomarse

Así nació y sucumbió Venezuela, acabó Miranda y apareció Bolívar.

con cautela, pero ha sido simplemente para consignar un dato incidental, que se refiere al capitán inglés Haynes, de quien dice el autor haberlo tomado, y que el mismo Larrazábal acepta. — El mismo Bolívar en su « Exposición á las naciones del mundo », inserta en « Vida pública del Libertador », etc., t. I, pág. 61 y sig., de 20 de setiembre de 1813, al hacer la historia de la caída de Venezuela, no hace alusión á la prisión de Miranda, y por el contrario se apoya en la capitulación para atacar á Monteverde, que justifica por las circunstancias, diciendo que fué ajustada « con el jefe de una nación civilizada de la Europa, que ha hecho » siempre alarde de buena fe ». También hemos tenido presente la « Defensa documentada » de los descendientes de Casas, inserta en « Docs. para la Hist. del Libertador ». t. III, pág. 14 y sig., en que refutando á Montenegro, Baralt y Díaz y Restrepo, y al mismo Bolívar, trata de probar con testimonios contemporáneos, que Bolívar fué el principal instigador de la prisión de Miranda, y que si el fusilamiento no se ejecutó, fué por la oposición de Casas. — Todos los historiadores, sin excepción alguna, están contestes sobre este punto, que es una sombra en la vida de Bolívar.